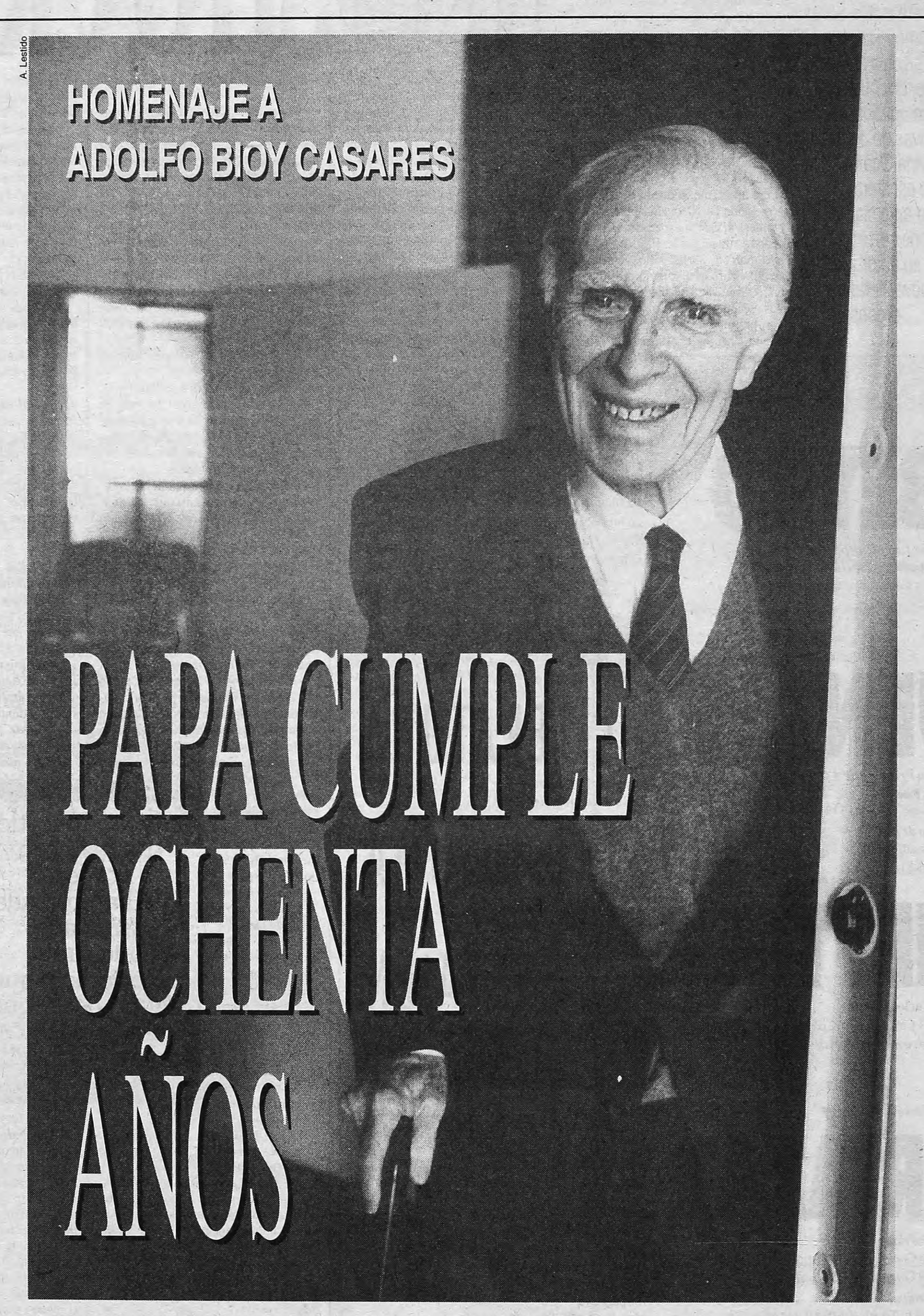
Domingo 11 de setiembre de 1994

PRIMER PLANO///

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez



Un 15 de setiembre de 1914 Adolfo Bioy y Marta Casares tuvieron un hijo al que bautizaron con el nombre del padre y en el que depositaron el deseo de que fuera abogado. "Cuando les dije que iba a escribir temí que pensaran que iba a dedicarme al ocio", recordó en varias ocasiones quien, lejos de defraudar a la familia, se convirtió en el único escritor argentino vivo cuya maestría nadie discute. Su talento extraordinario dio obras inolvidables como "Dormir al sol", "El sueño de los héroes" o "La invención de Morel", y junto con Jorge Luis Borges creó un tercer escritor cuya prosa exquisita se conoce en "Seis problemas para don Isidro Parodi". El jueves próximo el gran Bioy cumple ochenta años y **Primer Plano** le dedica este número homenaje con una entrevista en las páginas 2/3, un texto inédito seleccionado y presentado por Daniel Martino junto con un artículo de Alfredo Grieco y Bavio sobre los diarios secretos de Bioy en las páginas 4/5/6, y en la contratapa ocho fotos para festejar sus ocho décadas.

"SOY TAN JOVEN NECESITO CREER

"Mejor charlemos", propone Adolfo Bioy Casares, temeroso ya casi de una nueva entrevista formal. Su agudeza y su sentido del humor hacen de la hora y media de conversación algo más apasionante que el interrogatorio sobre la edad y la muerte –lugar común en vísperas de sus ochenta años– al que prefiere evitar. Su memoria tal vez voluntariamente huidiza juega con nombres de viejos y nuevos amigos, las complicidades literarias y afectivas de Jorge Luis Borges y Silvina Ocampo, sus hábitos de escritura, su disgusto ante ciertas reediciones de libros condenados por su autor y su visión de la nueva literatura argentina.

MIGUEL RUSSO

En los últimos reportajes quisieron hacerme creer en Dios, ya que todos suponen que estoy cerca de la muerte. Por lo general cuando uno está por cumplir ochenta años, los demás creen que con él deben hablar de la muerte. Yo aceptaría vivir cien años más, sin ver las condiciones. Estoy a la espera de que me traigan ese contrato.

–¿Quién, Dios?

–No, para esos contratos no hace falta Dios. ¡Por Dios! Perdón. ¡Por favor!

El próximo jueves 15, Adolfo Bioy Casares cumple ochenta años. Acosado por las entrevistas que desde hace un mes concede casi a diario, se anticipa a las preguntas que teme inevitables. Podría decirse que una voz suave es el único testimonio de su presencia en la penumbra del amplio piso que ocupa en el barrio de Recoleta. Sólo su biblioteca recibe, a través de los grandes ventanales que dan a Plaza Francia, la luz de las once de la mañana. Y es en ese ambiente, rodeado de libros y fotos donde Bioy sonríe sin cansarse y muestra, con inesperado afecto, los restos de un juego de sillones Chesterfield marrón. Su buen humor todo lo puede: "Mire lo que me hizo el perro en los sillones. Los ha destrozado. ¿No es encantador?"

Se sobrepone al cansancio de otro reportaje: "Mejor charlemos", dice. Esa será la regla que manejará para evitar la tediosa obligación de la pregunta y la respuesta. Durante una hora y media cuenta sus formas de trabajar, juega con los nombres de viejos y nuevos escritores y amigos, sufre (pero también utiliza) su falta de memoria, ríe, repregunta irónicamente, se sorprende al descubrir que lo están fotografiando con una cámara similar a la que él utilizaba ("No sé por qué ya no se usan tanto las Leika"), se queja por las molestias del lumbago, analiza su producción, sus gustos literarios y comenta sus próximos proyectos.

–¿Qué es más productivo para un escritor: el entusiasmo de la juventud o la madurez con todo su bagaje literario?

–Vaya uno a saber. Sé que he escrito entonces y que escribo ahora. Creo que jamás hubiera podido hacer otra cosa que escribir. Ni en mi juventud ni ahora. Escribí muchos libros malos. Seis, creo. Y esos libros fueron mi aprendizaje hecho a costa del público, ¡qué le vamos a hacer! No sé cómo compensar eso, quizá tratando de escribir lo mejor que pueda. Creo que de alguna manera los pude remediar. Pero uno conoce tanto sus libros que, a lo mejor, por ese desmesurado conocimiento termina creyendo que son buenos.

–¿Nunca se le ocurrió reescribir alguna obra?

–Jamás. Ni siquiera aquellas deplorables de mis comienzos. Creo que, de reescribirlas, volverían a ser igualmente deplorables, ya que en ellas fallaban tanto la escritura como la trama. Las otras, ya están terminadas.

Yo tuve que hacer un esfuerzo enorme para convertirme en otro escritor. Lo hice y salió, entonces, *La invención de Morel*.

–¿Cuál es su reflexión, a punto de cumplir ochenta años, sobre su trabajo literario?

–Que tengo que escribir, todavía, un buen libro.

–¿Por qué decidió, en determinado momento, a cambiar de género y volcarse a las memorias?

–Probablemente porque no tenía, por entonces, ningún tema para escribir una novela o un cuento. Me salió bastante bien ese libro de memorias, la gente me pide otro y no sé, yo prometo, pero no sé si voy a saber escribirlo. En un momento supuse que el primer tomo iba a resultar agua azucarada, pero la gente me convenció de que no fue así.

–Entonces, ¿piensa escribir el segundo tomo?

–Deseo escribirlo. Me gustó mucho escribir el primero, pero no sé si podré empezar el segundo. En este momento, por ejemplo, no sabría cómo empezarlo. No sé qué material tengo para sentarme a escribirlo.

> "Era tan divertido trabajar con Borges, soltábamos cada carcajada mientras escribíamos, que Silvina decía que parecíamos dos chicos idiotas".

EL SUEÑO, LA INVENCION. *–En este tiempo de computadoras, ¿cómo escribe?*

–A mano, con mi vieja lapicera. Nunca pude escribir a máquina. Perdón, miento: hubo una época en que escribí a máquina, pero me hacía mucho mal al lumbago. Desde entonces decidí volver a escribir a mano.

–¿Cuál es su rutina de trabajo hoy y cómo se modificó a lo largo de los años?

–Se ha ido haciendo. Cuando yo era un hombre completo a la mañana jugaba al tenis, después del almuerzo estaba con chicas y a la noche dormía bastante bien. Sin embargo escribía y leía mucho, no sé en qué momento libre. Ahora, por supuesto, escribo mucho más. Me acostumbré a hacerlo por la mañana cuando me levanto y también por las tardes. Cuando encuentro un rato libre, trato de leer.

–¿Alguna vez sintió el tan fatigado miedo ante la página en blanco?

–Nunca en la vida. Ni siquiera ante las próximas memorias. Por un lado no tengo la menor idea de cómo empezarlas, pero sé que ante la página en blanco me las voy a arreglar para tener algo qué decir. Soy feliz porque voy, en la vida, de un tema a otro. Hoy escribo esto y mañana tengo otra cosa para narrar.

–¿Sueña con las tramas o las historias que va a escribir?

–No. Las soñaba cuando escribía libros muy malos. No hay transformación literaria posible para lograr una buena historia de un sueño. Pero estoy hablando de la corta experiencia de mi vida.

–¿Cuál es el punto básico de esa breve experiencia?

–Que hay que inventar las historias.

–¿Y de dónde sale esa invención?

–¡Dios sabe! Y Dios me perdone, ya que no lo conozco. Quiero decir que es el azar el que se los da a uno. Soy un creyente del azar. Y soy tan joven que no necesito, por ahora, creer en Dios.

–¿Cuáles fueron los últimos autores argentinos que leyó?

–Creo que al último autor argentino que leí fue a Borges, de quien había sido tan amigo que casi no leía sus libros. Probablemente a él le pasaba lo mismo con los míos. Hace muy poco terminé de leer uno de ellos y tuve el gran placer de corroborar mi opinión de que era un gran escritor.

–¿Puede encontrar en la literatura de Borges detalles suyos?

–Creo que sí. Resulta un tanto inmodesto decirlo, pero me parece que, en realidad, lo convencí de que había que escribir de un modo tal que la literatura fuera casi oral. Lo que puede ser el estilo oral puesto por escrito, lo más tranquilo posible. Lo convencí de que no había que complicar la frase con el afecto.

SIN DESCENDENCIA. *–¿Cree que tiene, entre los jóvenes narradores argentinos, algún hijo literario?*

–No, para nada. No noto mi influencia en nadie, pero las cosas ocurren y puede haber un día en que la haya, ya sea para bien o para mal. Y lo digo sin falsa modestia. Por ahora no me lastima que no existan. Digo, desconozco si la hay. Entre lo poco que leí no la advierto. Yo soy un lector hedónico. A veces leo a los jóvenes cuando sé que voy a obtener placer en leerlos. Con unos cuántos sentí placer, pero he olvidado los nombres.

– ¿Piensa que está preparándose una generación que pueda dar nombres tan fuertes como el suyo, el de Borges?

–Seguramente habrá eso. Cuando nosotros nos retiremos va a haber gente que merezca la atención del lector.

–¿Recién entonces?

–Bueno... no sé si tanto. No me oi-

BIOY CASARES

QUE NO EN DIOS”

A. Lestido

ga tan atentamente.

–Usted decía que este país ha dado, por lo general, tres o cuatro escritores buenos y que un siglo de oro lo conforman ese número de escritores...

–Es cierto. He dicho eso y lo sigo pensando y afirmando. Seguramente podría nombrarle esos tres o cuatro de los últimos tiempos, pero a lo mejor fracaso por la memoria. Pienso en Cancela... Cancela.... ¡Pero qué barbaridad, ando muy mal de la memoria en estos días! He tenido un bajón de salud. Me estoy reponiendo ahora. Tomé aire, me hizo muy bien, pero la memoria aún me falla un poco.

–¿Ese aire le hizo bien también a su literatura actual?

–Sí. Yo siempre pensé que no había que andar escribiendo por los cafés, que el encierro hacía bien a la escritura, pero descubrí que el aire que entra por la ventana le hace mejor. En Alcalá de Henares, donde estuve hace poco, había una buena combinación de personas inteligentes y cordiales y un aire con olor a pinos que tomaba en la terraza que me hizo mucho bien. Tanto a mí como a mi literatura.

> “No noto mi influencia en nadie. A veces leo a los jóvenes, cuando sé que voy a obtener placer en leerlos. Con unos cuantos sentí placer, pero he olvidado los nombres”.

LAS AMISTADES LITERARIAS. *–¿Cuál es su evaluación de la obra de Silvina Ocampo?*

–Temo que piensen que lo digo porque la quiero mucho, pero creo que la obra de Silvina Ocampo es muy importante, inevitablemente original. Silvina escribía como nadie, quiero decir nadie en el sentido de que no se parece a nada de lo escrito y creo que no recibió influencias de ningún escritor. Su obra parece como si se hubiera influido a sí misma.

–Y la literatura de Silvina, ¿lo influyó de alguna manera?

–Me alentó, porque me gustaba tanto lo que leía de ella, uno cualquiera de sus textos, que me daban muchas ganas de escribir a mí.

–¿Cómo eran esas reuniones entre usted, Borges, Silvina?

–Generalmente eran entre Borges y yo, con Silvina en el otro cuarto diciendo, cuando nos escuchaba reír atolondradamente: “No sean pavos”. Quizás era un actitud un poco machista la nuestra, pero era tan divertido trabajar con él, soltábamos cada carcajada mientras escribíamos, que Silvina decía que parecíamos dos chicos idiotas.

–Al leer esas obras, ¿se distinguía lo producido por cada uno? –No, era como leer a un tercer escritor. Creo que la mejor obra que hicimos fueron las crónicas de Bustos Domecq. Es como si hubiéramos mejorado con el tiempo. Inclusive en nuestra forma de trabajar. Conversábamos el tema durante las comidas y cuando lo teníamos resuelto nos sentábamos a lanzar ideas y a escribirlo.

–¿Quiénes son sus amigos en la actualidad?

–Daniel Martino, Vlady Kociancich, que es la persona que está más cerca de mí, Marcelito Pichon-Rivière.

–¿Y escritores de su generación?

–Nooooooo... No hay más escritores de mi generación. No ha quedado nadie. Ni Borges, ni Bianco.

–¿Qué recuerdo tiene de Bianco?

–Pepe era un gran escritor. Cuando lo conocí no le tenía ninguna simpatía y cuando murió me di cuenta de que había sido uno de los mejores amigos que tuve.

–¿Cuál es su opinión sobre la reedición de los libros que Borges había liquidado definitivamente?

–Me pongo del lado de Borges. Creo que no había por qué reeditarlos. Son trabajos que muestran que allí había una persona muy inteligente pero, comparados con los otros libros que les siguieron, son muy toscos y no corresponden al escritor evolucionado que fue Borges. Siempre me interesó más la literatura que la historia de la literatura. Por eso prefiero todos los libros de Borges ulteriores y no ésos que eran útiles para comprender la formación y evolución a lo largo de su vida.

–¿Qué le ocurriría a usted si decidieran editar esos seis primeros libros suyos que tanto odia?

–Bueno, estaría muy contrariado y creo que el público lector no ganaría nada con ellos. Ni siquiera quienes están pendientes de la historia de la literatura. Además, esa gente no me interesa.

UNA CASA DE LIBROS. *–Usted dijo que la literatura era una gran casa donde vivir. ¿Cuál de sus obras pondría como un ambiente más de esa gran casa?*

–Tal vez *Dormir al sol*. Me parece el libro más agradable que he escrito. Por supuesto no por su comienzo ni por su final, sino por el tránsito del libro. Fue, probablemente, el que más me gustó escribir. Y digo probablemente porque no es lo mismo el mejor libro que el que a uno más le gustó escribir. Hay aspectos temperamentales de *Dormir al sol* que hicieron que haya sido de escritura agradable. Ahora, si me atengo a lo que dicen los demás, tendría que nombrar *El sueño de los héroes*.

–¿Intentó retomar la idea de alguno de esos dos libros con posterioridad? –No. Por suerte siempre tuve temas nuevos que trataba de escribir como si nada hubiera hecho hasta el momento. Cada libro por comenzar constituye una aventura nueva. Afortunadamente las ideas me llegan, hasta ahora, con la misma solvencia de siempre.

–¿Cómo llegan esas ideas?

–Lo ignoro. Yo sé que de vez en cuando tengo una idea y la trabajo y la convierto en un posible tema de un libro, pero nunca sé cómo ni por qué ocurre eso. Es un milagro que pretendo me siga ocurriendo.

–En 1991 publicó Una muñeca rusa *y* El lado de la sombra*; en 1993* Un campeón desparejo*; en abril de este año, el primer tomo de* Memorias*; en la actualidad tiene casi terminado un libro de cuentos. ¿A qué llama usted una idea de vez en cuando?*

–Bueno, pero publiqué veintitrés libros, así que durante ochenta años sólo tuve veintitrés ideas. Cada libro es una idea, luego la formación de esa idea puede exigir muchas invenciones, pero la semilla es esa idea. En las memorias compensé mi capacidad de inventar con la de recordar.

–¿Cree que le falta recibir algún premio?

–Nunca pensé en los premios. Pero debo decir que me encantan los premios y cuando llega uno me pone muy feliz. Ese es mi lado pueril, seguramente. De no haber recibido ningún premio hubiera escrito lo mismo. Hay una contradicción en todo esto, pero anímicamente siento que me hicieron bien los premios. Y a la gente parece gustarle mucho que me premien. Luego de recibir el Cervantes yo notaba que la gente, cuando me tomaba el brazo, no me lo soltaba.

EL ULTIMO BIOY. *–¿Recibió algún tipo de consejos cuando comenzó a escribir?*

–Muchísimos. Hoy no los recuerdo, pero les hice caso cuando eran buenos.

–¿Qué consejos podría dar usted?

–Que escriban el libro y se olviden de la gloria.

–¿Qué idea le gusta más: la de pensar que tiene una obra definitiva o pelear por ella?

–Indudablemente, me interesa más la idea de seguir peleando por ella, pero sería pueril decir que no he logrado algo.

–¿Qué siente al saberse el último de los Bioy?

–Me da un poco de lástima. Una cosa ridícula, pero desearía que hubiera algún Bioy macho por allí. Pero, ¿qué le vamos a hacer?, parece que no hemos sido buenos reproductores ●

A. Lestido



NOVEDADES PLANETA SEPTIEMBRE

Isidoro Gilbert / EL ORO DE MOSCU
Los escalofriantes entretelones de las relaciones argentino-soviéticas revelados por el corresponsal, durante tres décadas, de la agencia Tass en nuestro país. Entre otro medio centenar de secretos se describe la verdad de la K.G.B. en la Argentina; el viaje secreto de Firmenich a Rusia en 1975; y los vínculos de Moscú con Irigoyen, Perón, Frondizi, Illia, la dictadura militar, Alfonsín y Menem.
❒ ESPEJO DE LA ARGENTINA

Malvina Pastorino y Hernán Aguilar / MIENTRAS EL CUERPO AGUANTE: LA BIOGRAFIA DE LUIS SANDRINI
La vida y obra del genial cómico, narrada por su viuda y enriquecida con la investigación de Hernán Aguilar. De la mano de los amores, amistades y películas de Sandrini, un recorrido por la historia de nuestro teatro, cine, radio y televisión.
❒ DOCUMENTO

Antonio Las Heras / USTED LO PUEDE TODO
Los mejores consejos y ejercicios mentales para combatir el estrés, la ansiedad, la timidez, la falta de ganas, la insatisfacción permanente. Porque la solución está dentro suyo. Y, como usted es nada más y nada menos que un ser humano, usted lo puede todo.
❒ DOCUMENTO

Eduardo Galeano / USELO Y TIRELO
Una antología que reúne los textos sobre ecología del autor, desde *Las venas abiertas de América Latina* hasta *Las palabras andantes*. Incluye además páginas inéditas especialmente preparadas para este volumen.
❒ BIBLIOTECA DE ECOLOGIA

Vera Pichel / LAS CUARTELERAS
En la Conquista del Desierto cuatro mil mujeres, entre capitanas, soldados y pobladores, cumplieron un papel relevante. Una amena y profunda lectura de la personalidad y la significación de nuestras heroicas "cuarteleras".
❒ MUJERES ARGENTINAS

Adela Aguirre / MAMAS DE LA NUEVA ERA
Paso a paso, todos los recursos que cada mamá tiene para disfrutar y crecer durante los nueve meses de embarazo, junto a su bebé y a su marido. Un compendio de técnicas para que las madres se conecten consigo mismas y aprovechen placenteramente una experiencia enriquecedora.
❒ CRECIMIENTO PERSONAL

MEMORIA DEL CRIMEN
Es una colección basada en los casos criminales más conmovedores ocurridos en la Argentina, narrados por prestigiosos escritores y por especialistas en el tema.

Martín Murano / MI MADRE, YIYA MURANO
Acusada de haber envenenado a tres mujeres y condenada por homicidio, Yiya Murano nunca confesó. Martín Murano, el único hijo de Yiya, narra con excepcional valentía los antecedentes del caso para después contar cómo y por qué su madre estafó y asesinó.

Enrique Sdrech / EL HOMBRE QUE MURIO DOS VECES.
Enrique Sdrech, el especialista en casos policiales de *Clarín* y *Canal 13*, narra todas las alternativas del caso Scandinaro, una de las estafas mejor elaboradas que ocurrieran en nuestro país. Sdrech introduce al lector en un mundo en el que cerebros diabólicos y geniales planifican paso a paso cómo quedarse con el dinero de bancos y compañías de seguros.

Ricardo Pou Ferrari / EL APOGEO DE LA MUJER MADURA
El renombrado ginecólogo derriba mitos sociales, culturales y hasta médicos, para demostrar que la menopausia no es síntoma de decadencia ni la tumba de la femeneidad sino un trampolín hacia otra forma de pensarse mujeres.
❒ RESPUESTAS

Krishnamurti / DIOS
Una indagación que ilumina la eterna pregunta humana sobre lo Sagrado y guía al lector en su búsqueda de realidad, verdad y bienaventuranza.
❒ BIBLIOTECA KRISHNAMURTI

Pepe Muleiro / LOS MAS INDECENTES CHISTES SOBRE SEXO
Para ponerese colorado con las respuestas más verdes y ser el centro de las fiestas contando los chistes más irreverentes... Si usted carece de prejuicios lo invitamos a correr el cierre relámpago de este libro, solo o –si se anima– acompañado.
❒ LA MANDIBULA MECANICA

REIMPRESIONES

• Pepe Muleiro, LOS MAS INTELIGENTES CHISTES DE GALLEGOS-14a. edición • Víctor Sueiro, MAS ALLA DE LA VIDA II-8va. edición • Víctor Ostrovsky, MOSSAD: CONFESIONES DE UN DESERTOR-5ta.edición • Francis Fukuyama, EL FIN DE LA HISTORIA-3ra. edición • Emilio Salas, EL GRAN LIBRO DE LOS SUEÑOS -2da. edición • M.Laura Amuchástegui, CHISTES CORDOBESES-2da. edición • Penny Mc Lean, COMUNICATE CON TU ANGEL GUARDIAN-2da. edición.



VICINSKAS

UN PENIQUE

En 1942 Bioy Casares y Borges eran asesores de Emecé y propusieron editar una selección de libros clásicos por ellos prologados. "Nuestro propósito era convencer al lector de que autores considerados pilares de la cultura pueden ser curiosamente originales y amenísimos". Pero las finanzas del sello dejaron de lado la colección y así quedó inédito este prólogo de Bioy a la "Suma de Samuel Johnson", que **Primer Plano** publica en exclusiva.

ADOLFO BIOY CASARES

Samuel Johnson, hijo de Micha[el] Johnson y de Sarah Ford, na[ció] en Lichfield el 18 de setiem[bre] de 1709. El padre era un li[brero] culto, pío, pobre, tradicio[nalista], atlético y melancólico. De la madre hay poco que deci[r] en este principio: tal vez, que era tía del pastor Cornelio Ford, a quien el conde de Chesterfield dijo que, s[i] quería acompañarlo en su embajada a La Haya, debía agregar "a sus muchos vicios uno más: la hipocresía". Las figuras del padre y de un herma[no] del padre son, por ahora, más im[portantes]; algunos de sus caracteres y circunstancias de algún modo rea[parecen] en Johnson. Ese hermano –Andrew Johnson– era luchador en el circo de Smithfield; según es fa[ma], "nunca había sido derribado n[i] derrotado". A Johnson no le agrada[ba] hablar de su familia. "Hay poco placer", le confesó a su amiga Mrs. Thrale, "en contar las anécdotas de la mendicidad".

Contagiado por sus padres o po[r] una niñera, Johnson contrajo una en[fermedad] –la escrofulosis– que de[formó] sus facciones (se afirma que originalmente eran regulares), le hi[zo] perder un ojo y le debilitó para siempre el otro. Cuando tenía dos años, por consejo médico fue lleva[do] a Londres para que lo curara el to[que] real; la reina Ana lo tocó, pero

LOS DIARIOS DESC

TE

Paciente y regularmente, en Buenos Aires o en viaje, Bioy Casares escribe su ya voluminoso diario. La vida social y literaria, los apuntes que crecerán hasta textos y las impresiones del hombre y el escritor circulan por estas páginas ocultas.

Colección Escritura de Hoy

Adolfo Bioy Casares

UNOS DIAS EN EL BRASIL

(Diario de viaje)

Grupo Editor Latinoamericano

Edición privadísima de un fragmento del diario. Abajo, Bioy anota en una de sus tantas libretitas.



ALFREDO GRIECO Y BAVIO

Los diarios de escritores pueden dividirse en aquellos que son inmediatamente impublicables po[r] la introspección que realizan y aquellos que lo son por las revelaciones que hacen sobre un mundo social extenso pero bien definido y reconocible. Las dos categorías son extremas y sin duda admiten todos los matices intermedios, pero los diarios de Adolfo Bioy Casares no son la historia de un alma y se encuadran obstinadamente en la segunda.

Es evidente que Bioy no pertenece –ni pertenecerá nunca– al grupo de escritores que son leídos *únicamente* en cuanto cultores del diario como género literario. El secretario del Almirantazgo Samuel Pepys, cuyo diario escrito en clave en el siglo XVII fue descifrado recién en el XIX, y que describe tanto la vida cortesana como la popular, es quizás el más famoso entre éstos. Pero tampoco pertenece Bioy a la categoría de aquellos escritores cuyos diarios son realzados en mérito de otra obra, reputada central, y cuyas opiniones sobre los más diversos tópicos cobran un valor y un relieve del que si no carecerían.

Desde hace varios años, Bioy Casares ha encomendado a Daniel Martino la edición (en el sentido inglés del término) de sus vastos diarios. Estos constituyen la fuente más directa para la biografía definitiva –y autorizada– que Martino ha prometido escribir. Bioy dijo en Montevideo, en

UN TEXTO INEDITO DE BIOY CASARES

UN PENIQUE POR SAMUEL JOHNSON

En 1942 Bioy Casares y Borges eran asesores de Emecé y propusieron editar una selección de libros clásicos por ellos prologados. "Nuestro propósito era convencer al lector de que autores considerados pilares de la cultura pueden ser curiosamente optimistas y amenísimos". Pero las finanzas del sello dejaron de lado la colección y así quedó inédito este prólogo de Bioy a la "Suma de Samuel Johnson", que **Primer Plano** publica en exclusiva.

ADOLFO BIOY CASARES

Samuel Johnson, hijo de Michael Johnson y de Sarah Ford, nació en Lichfield el 18 de setiembre de 1709. El padre era un librero culto, pío, pobre, tradicionalista, atlético y melancólico. De la madre hay poco que decir en este principio: tal vez, que era tía del pastor Cornelio Ford, a quien el conde de Chesterfield dijo que, si quería acompañarlo en su embajada a La Haya, debía agregar "a sus muchos vicios uno más: la hipocresía". Las figuras del padre y de un hermano del padre son, por ahora, más importantes; algunos de sus caracteres y circunstancias de algún modo reaparecen en Johnson. Ese hermano –Andrew Johnson– era luchador en el circo de Smithfield; según es fama, "nunca había sido derribado ni derrotado". A Johnson no le agradaba hablar de su familia. "Hay poco placer", le confesó a su amiga Mrs. Thrale, "en contar las anécdotas de la mendicidad".

Contagiado por sus padres o por una niñera, Johnson contrajo una enfermedad –la escrofulosis– que deformó sus facciones (se afirma que originalmente eran regulares), le hizo perder un ojo y le debilitó para siempre el otro. Cuando tenía dos años, por consejo médico fue llevado a Londres para que lo curara el toque real; la reina Ana lo tocó, pero con resultados que no colmaron las esperanzas. Johnson decía tener de la reina "el solemne recuerdo de una dama con diamantes y una larga capucha negra." En esa visita a Londres su madre compró, para él, una taza de plata y una cuchara, y, para ella, dos cucharas de té. Johnson conservó hasta el fin de sus días la cuchara; su mujer vendió la taza, en años de miseria. En cuanto a las dos cucharas de té, fueron las únicas que tuvo su madre durante muchos años. Considero que esta anécdota de pobreza, de superstición y de fidelidad, es memorable en el comienzo de la historia de Samuel Johnson.

Sus biógrafos afirman que en esos primeros años ya aparecieron algunos de los caracteres más distintivos de su personalidad: rapidez mental, memoria asombrosa, tendencia a la holgazanería y a la postergación, fuerza muscular, enfermedades, nobleza de carácter, melancolía, irritabilidad.

Su educación se debió más al placer de lecturas versátiles que a los maestros y a las escuelas. Sin embargo, siempre recordaba con exultación la vara de uno de los profesores, un tal Mr. Hunter. Cuando le preguntaban cómo sabía tanto latín, replicaba: "Mi maestro me azotaba prodigiosamente".

Según Mr. Hector, el primero de sus amigos, sólo era reprendido por conversar y distraer a los otros discípulos. Parece que sus vívidos talentos impresionaban tanto a sus compañeros, que éstos diariamente iban a buscarlo a su casa para llevarlo triunfalmente en andas a la escuela. Boswell comenta: "Ese temprano predominio del vigor intelectual honra a la naturaleza humana."

Su memoria era prodigiosa. A los tres años, su madre le dio una oración del misal, para que la aprendiera de memoria, y subió al piso alto, antes (de) que llegara arriba, Johnson la llamó: ya podía repetir la oración. Tal vez el comentario adecuado sería una frase del mismo Johnson: *Esta es una instancia del natural deseo del hombre de propagar un milagro.* También hay que recordar que el padre, sin duda atento a la futura biografía de su hijo, le atribuía epitafios rimados que él mismo componía. (...) El propio Johnson relata el principio de sus lecturas: en busca de unas manzanas que (según él creía) su hermano había escondido detrás de unos estantes de la biblioteca, encontró un infolio de Petrarca. Desde entonces leyó mucho, pero sin método, siempre según sus gustos e impulsos. (...)

Durante tres años estuvo en el Pembroke College, en la Universidad de Oxford. Oxford era la Universidad más reaccionaria de Inglaterra; Pembroke College, el colegio más reaccionario de Oxford; allí, según Macaulay, su pasión conservadora (en religión y en política) fue confirmada y estimulada definitivamente.

Sus condiscípulos faltaban a las clases para oírlo hablar. El solía faltar a las clases de su tutor. Este le preguntó un día por qué había faltado. Johnson respondió con naturalidad: "Estuve paseando por la colina". Cuando Boswell oyó la anécdota, dijo que esa respuesta demostraba una gran fuerza de espíritu. "No, señor –respondió Johnson–, demostraba una total insensibilidad".

Adam Smith afirma que ésta fue la época más feliz de Johnson; éste lo niega. "Ah, Señor (le dice a Boswell), `yo era un loco y un violento. Lo que les parecía jocosidad era amargura. Yo estaba míseramente pobre, y confiaba abrirme paso con mis letras y con mi ingenio; desdeñaba, pues, todo poder y toda autoridad.' Tan grande era su pobreza, que el estado de sus botines, contiguo a la desaparición, lo obligó a interrumpir la asistencia a las clases. Algún compañero puso en la puerta de su habitación unos botines nuevos; Johnson los arrojó, indignado. La pobreza lo obligó a abandonar Oxford antes de graduarse.

En marzo de 1737 Johnson y David Garrick llegaron juntos a Londres, a probar suerte. Johnson llevaba dos peniques y medio y su tragedia *Irene;* Garrick, un penique y medio. Además traían una carta de re-

A. Lestido



LOS DIARIOS DESCONOCIDOS DE BIOY

TEXTOS SECRETOS

Colección Escritura de Hoy
Adolfo Bioy Casares
UNOS DIAS EN EL BRASIL
(Diario de viaje)
Grupo Editor Latinoamericano

Edición privadísima de un fragmento del diario. Abajo, Bioy anota en una de sus tantas libretitas.

Paciente y regularmente, en Buenos Aires o en viaje, Bioy Casares escribe su ya voluminoso diario. La vida social y literaria, los apuntes que crecerán hasta textos y las impresiones del hombre y el escritor circulan por estas páginas ocultas.

ALFREDO GRIECO Y BAVIO

Los diarios de escritores pueden dividirse en aquellos que son inmediatamente impublicables por la introspección que realizan y aquellos que lo son por las revelaciones que hacen sobre un mundo social extenso pero bien definido y reconocible. Las dos categorías son extremas y sin duda admiten todos los matices intermedios, pero los diarios de Adolfo Bioy Casares no son la historia de un alma y se encuadran obstinadamente en la segunda.

Es evidente que Bioy no pertenece –ni pertenecerá nunca– al grupo de escritores que son leídos *únicamente* en cuanto cultores del diario como género literario. El secretario del Almirantazgo Samuel Pepys, cuyo diario escrito en clave en el siglo XVII fue descifrado recién en el XIX, y que describe tanto la vida cortesana como la popular, es quizás el más famoso entre éstos. Pero tampoco pertenece Bioy a la categoría de aquellos escritores cuyos diarios son realzados en mérito de otra obra, reputada central, y cuyas opiniones sobre los más diversos tópicos cobran un valor y un relieve del que si no carecerían.

Desde hace varios años, Bioy Casares ha encomendado a Daniel Martino la edición (en el sentido inglés del término) de sus vastos diarios. Estos constituyen la fuente más directa para la biografía definitiva –y autorizada– que Martino ha prometido escribir. Bioy dijo en Montevideo, en 1990 y con verosímil generosidad, que sus diarios ocupan unas diecisiete mil páginas manuscritas.

La edición de los diarios requiere de una erudición que es extraño ver reunida en una sola persona y que en el caso de Martino abarca desde los aspectos más materiales y casi paleográficos (la lectura de la intrincada y enérgica letra manus-crita, el desarrollo de abreviaturas privadas y peculiarísismas) hasta el restablecimiento de recónditas alusiones literararias o de hechos efímeros de la historia social argentina.

Bioy y Martino han establecido, de común acuerdo, el plan según el cual han de publicarse los diarios. El criterio que guía este plan es el de una aristotélica prudencia, que halla su razón de ser en el carácter decididamente *explícito* de los materiales. Aparecerán en primer término los diarios de viaje. En ellos Bioy se encuentra en relativa soledad y, por definición, lejos de la escena del país. Los diarios de viaje, por otra parte, guardan siempre esa continuidad que se pierde en el gran diario general. Incluso cuando Bioy viaja por pocos días, durante ellos anota cotidianamente sucesos y reflexiones. De entre éstos se ha publicado ya, en forma privada y en 1991, *Unos días en el Brasil*, donde un diario de 1960 es completado con algunas referencias a un viaje diez años anterior. El diario de Brasil sorprende, sin embargo, por una construcción casi ficcional, por el perfecto cierre del relato sobre sí mismo. En los diarios extensos, por principio, reina la contingencia: fatalmente, la hora fatal se demora y nunca llega.

El plan de edición y publicación que Martino viene llevando a cabo en estos últimos años presupone una determinación y discriminación previa, entre los escritos personales de Bioy, de dos grandes masas textuales muy nítidas. En primer lugar el *diario* propiamente dicho, del cual se ha hablado hasta ahora. Este se extiende desde fines de los cuarenta hasta mediados de los setenta. Su iniciación es difícil de fijar con exactitud por el carácter misceláneo que tiene en sus orígenes. La materia es casi exclusivamente narrativa, y la anotación de las peripecias es casi día por día. Desde mediados de los setenta el diario abandona esa cotidianidad que recupera en los viajes, y continúa en forma fragmentaria.

El segundo grupo está constituido por los *cuadernos de apuntes*. Estos tienen un carácter decididamente misceláneo y aluvional. De ellos se han extraído los brevísimos fragmentos de *Diario y fantasía*, publicados en 1988 bajo este equívoco título. Los cuadernos registran reflexiones diversas e impresiones de lectura, en un estilo que recuerda el de los moralistas clásicos franceses o el de los admirados (por Borges y Bioy) *Notebooks* de Samuel Butler.

Existen, además, otros dos conjuntos de textos, de un personalismo más mitigado, pero de no menor interés literario. Se trata de los *marginalia* y de las cartas. Los primeros proporcionaron su substancia a *Jardines ajenos*, libro preparado por Bioy con el auxilio de Martino y que aparecerá en breve. Está compuesto en su mayoría por citas, algunas de ellas adecuadamente apócrifas, otras descaradamente indirectas. Son el resultado de décadas de una lectura inteligente que no se restringió a géneros o lenguas, dirigida mayoritariamente a las literaturas europeas. También incluye fragmentos similares en espíritu y estilo a los de *Diario y fantasía*. El conjunto de textos de donde se ha extraído *Jardines ajenos* era reunido por Bioy *ad hoc*, en una serie continua y autónoma. Bioy se había referido en las entrevistas a *Jardines ajenos* como al "libro abierto" que el viajero desea leer, por sus virtudes reparadoras, en el cuarto de hotel de una ciudad desconocida. En la edición, se ha querido y sabido guardar la impresión de *libro de arena*, de caos donde perderse felizmente.

Las cartas se instalan en la esfera de una intimidad obligadamente compartida, y por tanto inevitablemente deformada, aunque más no fuera por sus silencios. Las cartas del viaje a Europa que emprendió Bioy entre 1967 y 1968 forman un volumen, ya compilado por Martino y en espera para su publicación. Están dirigidas en su mayoría a Silvina Ocampo, pero también las hay (venían en el mismo sobre) a Marta Bioy. Constituyen un subgénero, no menos existente pese a las apariencias de contradicción en los términos: el *diario en cartas*

TEXTO INEDITO DE BIOY CASARES

POR SAMUEL JOHNSON

con resultados que no colmaron las esperanzas. Johnson decía tener de la reina "el solemne recuerdo de una dama con diamantes y una larga capucha negra." En esa visita a Londres su madre compró, para él, una taza de plata y una cuchara, y, para ella, dos cucharas de té. Johnson conservó hasta el fin de sus días la cuchara; su mujer vendió la taza, en años de miseria. En cuanto a las dos cucharas de té, fueron las únicas que tuvo su madre durante muchos años. Considero que esta anécdota de pobreza, de superstición y de fidelidad, es memorable en el comienzo de la historia de Samuel Johnson.

Sus biógrafos afirman que en esos primeros años ya aparecieron algunos de los caracteres más distintivos de su personalidad: rapidez mental, memoria asombrosa, tendencia a la holgazanería y a la postergación, fuerza muscular, enfermedades, nobleza de carácter, melancolía, irritabilidad.

Su educación se debió más al placer de lecturas versátiles que a los maestros y a las escuelas. Sin embargo, siempre recordaba con exultación la vara de uno de los profesores, un tal Mr. Hunter. Cuando le preguntaban cómo sabía tanto latín, replicaba: "Mi maestro me azotaba prodigiosamente".

Según Mr. Hector, el primero de sus amigos, sólo era reprendido por conversar y distraer a los otros discípulos. Parece que sus vívidos talentos impresionaban tanto a sus compañeros, que éstos diariamente iban a buscarlo a su casa para llevarlo triunfalmente en andas a la escuela. Boswell comenta: "Ese temprano predominio del vigor intelectual honra a la naturaleza humana."

Su memoria era prodigiosa. A los tres años, su madre le dio una oración del misal, para que la aprendiera de memoria, y subió al piso alto, antes (de) que llegara arriba, Johnson la llamó: ya podía repetir la oración. Tal vez el comentario adecuado sería una frase del mismo Johnson: *Esta es una instancia del natural deseo del hombre de propagar un milagro.* También hay que recordar que el padre, sin duda atento a la futura biografía de su hijo, le atribuía epitafios rimados que él mismo componía. (...) El propio Johnson relata el principio de sus lecturas: en busca de unas manzanas que (según él creía) su hermano había escondido detrás de unos estantes de la biblioteca, encontró un infolio de Petrarca. Desde entonces leyó mucho, pero sin método, siempre según sus gustos e impulsos. (...)

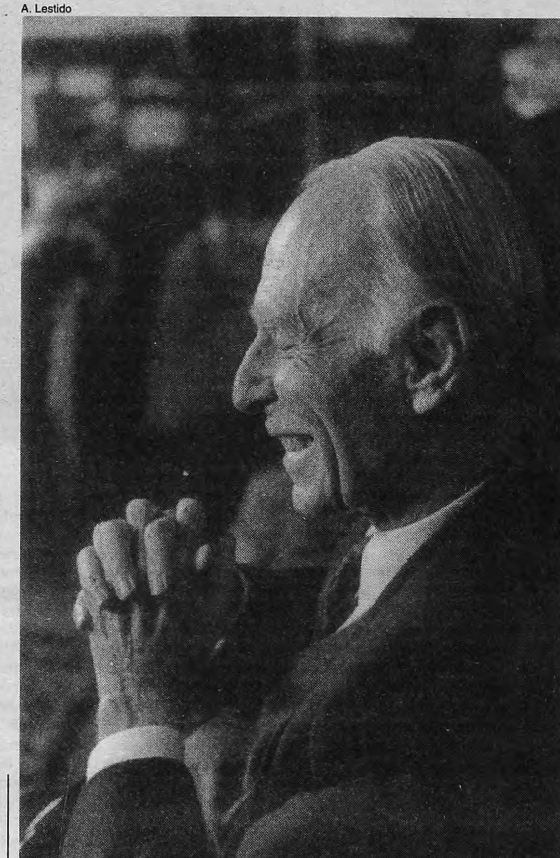
Durante tres años estuvo en el Pembroke College, en la Universidad de Oxford. Oxford era la Universidad más reaccionaria de Inglaterra; Pembroke College, el colegio más reaccionario de Oxford; allí, según Macaulay, su pasión conservadora (en religión y en política) fue confirmada y estimulada definitivamente.

Sus condiscípulos faltaban a las clases para oírlo hablar. El solía faltar a las clases de su tutor. Este le preguntó un día por qué había faltado. Johnson respondió con naturalidad: "Estuve paseando por la colina". Cuando Boswell oyó la anécdota, dijo que esa respuesta demostraba una gran fuerza de espíritu. "No, señor –respondió Johnson–, demostraba una total insensibilidad".

Adam Smith afirma que ésta fue la época más feliz de Johnson; éste lo niega. "Ah, Señor (le dice a Boswell), `yo era un loco y un violento. Lo que les parecía jocosidad era amargura. Yo estaba míseramente pobre, y confiaba abrirme paso con mis letras y con mi ingenio; desdeñaba, pues, todo poder y toda autoridad.' Tan grande era su pobreza, que el estado de sus botines, contiguo a la desaparición, lo obligó a interrumpir la asistencia a las clases. Algún compañero puso en la puerta de su habitación unos botines nuevos; Johnson los arrojó, indignado. La pobreza lo obligó a abandonar Oxford antes de graduarse.

En marzo de 1737 Johnson y David Garrick llegaron juntos a Londres, a probar suerte. Johnson llevaba dos peniques y medio y su tragedia *Irene;* Garrick, un penique y medio. Además traían una carta de re-

A. Lestido



CONOCIDOS DE BIOY

XTOS SECRETOS

1990 y con verosímil generosidad, que sus diarios ocupan unas diecisiete mil páginas manuscritas.

La edición de los diarios requiere de una erudición que es extraño ver reunida en una sola persona y que en el caso de Martino abarca desde los aspectos más materiales y casi paleográficos (la lectura de la intrincada y enérgica letra manus-crita, el desarrollo de abreviaturas privadas y peculiarísimas) hasta el restablecimiento de recónditas alusiones literararias o de hechos efímeros de la historia social argentina.

Bioy y Martino han establecido, de común acuerdo, el plan según el cual han de publicarse los diarios. El criterio que guía este plan es el de una aristotélica prudencia, que halla su razón de ser en el carácter decididamente *explícito* de los materiales. Aparecerán en primer término los diarios de viaje. En ellos Bioy se encuentra en relativa soledad y, por definición, lejos de la escena del país. Los diarios de viaje, por otra parte, guardan siempre esa continuidad que se pierde en el gran diario general. Incluso cuando Bioy viaja por pocos días, durante ellos anota cotidianamente sucesos y reflexiones. De entre éstos se ha publicado ya, en forma privada y en 1991, *Unos días en el Brasil*, donde un diario de 1960 es completado con algunas referencias a un viaje diez años anterior. El diario de Brasil sorprende, sin embargo, por una construcción casi ficcional, por el perfecto cierre del relato sobre sí mismo. En los diarios extensos, por principio, reina la contingencia: fatalmente, la hora fatal se demora y nunca llega.

El plan de edición y publicación que Martino viene llevando a cabo en estos últimos años presupone una determinación y discriminación previa, entre los escritos personales de Bioy, de dos grandes masas textuales muy nítidas. En primer lugar el *diario* propiamente dicho, del cual se ha hablado hasta ahora. Este se extiende desde fines de los cuarenta hasta mediados de los setenta. Su iniciación es difícil de fijar con exactitud por el carácter misceláneo que tiene en sus orígenes. La materia es casi exclusivamente narrativa, y la anotación de las peripecias es casi día por día. Desde mediados de los setenta el diario abandona esa cotidianidad que recupera en los viajes, y continúa en forma fragmentaria.

El segundo grupo está constituido por los *cuadernos de apuntes*. Estos tienen un carácter decididamente misceláneo y aluvional. De ellos se han extraído los brevísimos fragmentos de *Diario y fantasía*, publicados en 1988 bajo este equívoco título. Los cuadernos registran reflexiones diversas e impresiones de lectura, en un estilo que recuerda el de los moralistas clásicos franceses o el de los admirados (por Borges y Bioy) *Notebooks* de Samuel Butler.

Existen, además, otros dos conjuntos de textos, de un personalismo más mitigado, pero de no menor interés literario. Se trata de los *marginalia* yde las cartas. Los primeros proporcionaron su substancia a *Jardines ajenos*, libro preparado por Bioy con el auxilio de Martino y que aparecerá en breve. Está compuesto en su mayoría por citas, algunas de ellas adecuadamente apócrifas, otras descaradamente indirectas. Son el resultado de décadas de una lectura inteligente que no se restringió a géneros o lenguas, dirigida mayoritariamente a las literaturas europeas. También incluye fragmentos similares en espíritu y estilo a los de *Diario y fantasía*. El conjunto de textos de donde se ha extraído *Jardines ajenos* era reunido por Bioy *ad hoc*, en una serie continua y autónoma. Bioy se había referido en las entrevistas a *Jardines ajenos* como al "libro abierto" que el viajero desea leer, por sus virtudes reparadoras, en el cuarto de hotel de una ciudad desconocida. En la edición, se ha querido y sabido guardar la impresión de *libro de arena*, de caos donde perderse felizmente.

Las cartas se instalan en la esfera de una intimidad obligadamente compartida, y por tanto inevitablemente deformada, aunque más no fuera por sus silencios. Las cartas del viaje a Europa que emprendió Bioy entre 1967 y 1968 forman un volumen, ya compilado por Martino y en espera para su publicación. Están dirigidas en su mayoría a Silvina Ocampo, pero también las hay (venían en el mismo sobre) a Marta Bioy. Constituyen un subgénero, no menos existente pese a las apariencias de contradicción en los términos: el *diario en cartas*

comendación para Colson, un matemático y director de una academia; en cuanto a Johnson, esta carta dio poco resultado. Garrick estudió en la academia de Colson, a los tres o cuatro años se abrió paso y llegó a ser el actor más popular y más rico y mejor de Inglaterra.

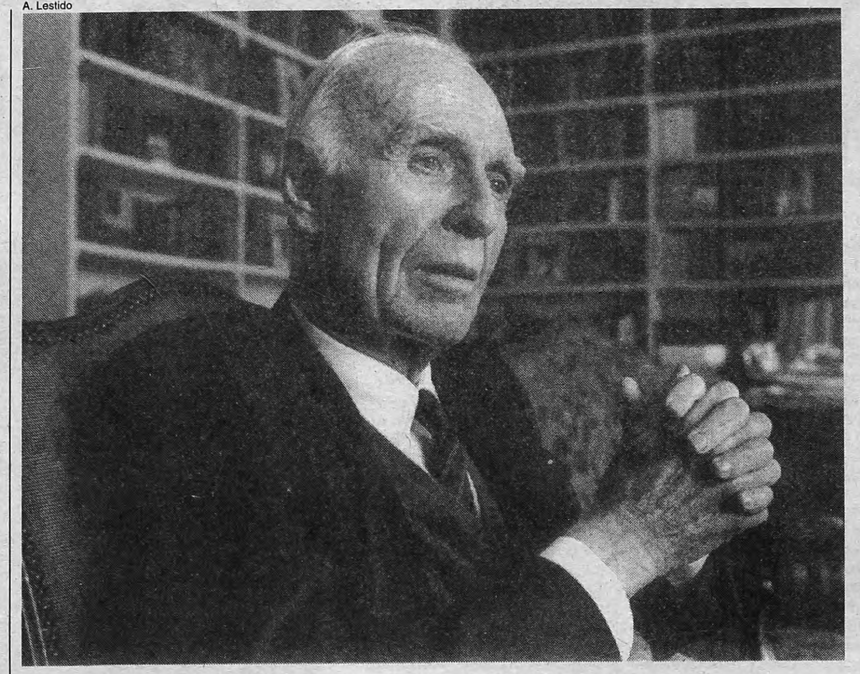
Aquí empieza la vida de Johnson en Londres, que es la verdadera vida de Johnson: una larga miseria y un triunfo gradual, menos retribuciones en dinero que en honor y gloria. Almorzaba por siete peniques y daba uno de propia; dice que lo trataban mejor que a sus compañeros, porque el penique que ellos gastaban en vino él lo daba en propinas.

En ese momento, dice Macaulay, la situación de los autores no era brillante en Inglaterra. Había acabado la época de los mecenas y la época en que los hombres de gobierno buscaban a escritores para darles puestos públicos; ahora los escritores estaban políticamente desacreditados, y no había comenzado la época en que el público pagaba la vida de los autores. (...) Según Macaulay, en aquellos tiempos, aun autores populares como Thomson y Fielding, se consideraban dichosos si, gracias al empeño de su mejor traje, podían devorar unas tripas en un sótano donde, para limpiarse las manos, luego de la grasienta merienda, dispondrían de un amplio perro de Terranova.

Los amigos de esta época son, sobre todo, Savage y Hervey. (...) Muchas veces se le oyó decir a Johnson que él y Savage solían caminar por los alrededores de Grosvenor Square, hasta las 4 de la mañana, y que en sus diálogos destronaban a príncipes, establecían nuevas formas de gobierno, daban leyes a numerosos estados de Europa, reformaban el mundo, hasta que, fatigados de su actividad legislativa, empezaban a sentir la necesidad de beber, y que entre los dos no juntaban más de 4 peniques y medio.

Hervey, de una familia noble y rica, era un buen amigo y a veces en su mesa Johnson podía reponerse un poco: (...) "Harry Hervey –afirmaba Johnson– era un hombre vicioso, pero siempre fue muy bueno conmigo. Si llamas Hervey a un perro, lo querré".

A. Lestido



Otras relaciones de esa época son Hoole, llamado el sastre metafísico; George Psalmanazar, pseudo japonés, impostor de quien no se conoce la nacionalidad ni el verdadero nombre, hebraísta y literato respetado por Johnson; Boyse, que se quedaba en cama (cuando había dado las camisas en prenda) y sacaba los brazos por agujeros en la sábana, y así escribía buenos versos latinos (cuando estaba sobrio).

Macaulay atribuye a las largas privaciones de esta época cierta dureza de Johnson para dolores que a él le parecían menores pero que para otros eran atendibles; además cree que aquí debemos encontrar la razón de su voracidad y también el hábito de acostarse tarde, su vida desordenada y su justa fama de harapiento inveterado. (...)

Sobre las posibilidades de triunfo en la carrera literaria, Johnson cuenta que cuando llegó un editor le preguntó a qué iba a dedicarse; cuando dijo que a escribir, el otro lo miró atentamente y después comentó: "Con su porte más le convendría ser changador". Según Johnson, lo dijo con buena y consciente intención.

Murphy dice que la situación económica de Johnson era mala, que intentó trabajar en una escuela pero que el director no lo quiso porque temía que sus movimientos convulsivos fueran peligrosos para la disciplina de los estudiantes y, tal vez distraídamente, concluye: "Otro modo de progresar se le apareció en esta época. La señora Porter, la viuda de un tendero de Birmingham, admiraba su talento: se afirma que tenía alrededor de ochocientas libras; esa suma, para una persona en las circunstancias de Johnson, era una abundante fortuna. El casamiento se celebró y, para invertir del mejor modo posible el dinero de su mujer, Johnson proyectó una academia de educación."



El doctor Johnson en una caricatura de 1803. En la página anterior, Johnson según un grabado de T.Trotter

Boswell es menos comercial. Nos cuenta que Johnson fue muy sensible a los encantos femeninos, que en la juventud estuvo enamorado de Olivia Lloys, que sus amores eran siempre transitorios y que jamás condescendió a nexos criminales.

Lucy Porter, hija de la novia (en su primer matrimonio), describe a Johnson cuando apareció en la primera entrevista con su madre: "Era entonces flaco y descarnado; su inmensa estructura de huesos impresionaba horriblemente, y las cicatrices de la escrofulosis resultaban profundamente visibles. El cabello, partido atrás, estaba parado y rígido. Tenía movimientos convulsivos y gesticulaciones extrañas. Además, como dice Macaulay, desde joven fue un "inveterado harapiento".

Mrs. Porter (en esa ocasión), sensible únicamente al poder de la conversación, dio el siguiente veredicto: "Es el hombre más razonable que he conocido". Ella tenía veinte años más que Johnson; Garrick la describe así: "Muy gorda, con un busto de extraordinaria protuberancia, con hinchadas mejillas de un color rojo vivo, estimulado por espesas pinturas y aumentado por una liberal administración de cordiales; rutilante y fantástica en sus atavíos, afectada en la conversación y en las maneras." Johnson la llamaba Tetty, la consideraba un dechado de belleza y de gracia, y la amó durante toda la vida y la lamentó después de muerta (En cierta ocasión, años después de la muerte de Mrs. Porter, escribió: "Cuando entré pensaba en mi mujer: ella hubiera estado complacida. No teniendo ahora a quién complacer, estoy poco complacido"). (...)

Según Murphy, el único libro que Johnson leyó íntegramente fue la Biblia. Cuando alguien elogiaba un libro, con insistencia de maniático preguntaba: ¿Lo leyó íntegramente? No creía que debiera leerse hasta el fin los libros malos. (...)

LOS PROLOGOS SE RECUPERAN

DANIEL MARTINO *

Desde un principio, la colaboración literaria entre Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares asumió dos formas perfectamente definidas: la escritura –seria, paródica o irónica– y el vigilante ejercicio de la lectura aplicado a la preparación de antologías; entre éstas, una serie de *Sumas*, realizadas en parte pero nunca publicadas.

Lo que sabemos de ellas puede referirse brevemente. Hacia fines de 1942, gracias a las gestiones de Silvina Bullrich, Borges y Bioy fueron contratados como asesores literarios de la editorial Emecé, no demasiado importante por aquellos días y dedicada a la publicación de obras *prestigiosas;* de inmediato, alentados por el espíritu de la editorial, emprendieron la que esperaban sería "la colección más importante de la República".

"Lo primero que les propusimos –recuerda Bioy en sus *Memorias*– fue una selección de libros clásicos, que titularíamos *Sumas.* Nuestro propósito era deparar al lector deslumbrantes revelaciones, convencerlo de que autores considerados pilares de la cultura pueden ser curiosamente originales y amenísimos. También, como es natural, conseguir que el lector compartiera nuestra admiración por ellos, nuestro afecto." La palabra *Suma* fue cuidadosamente preferida a la inconveniente denominación de *Obras selectas.*

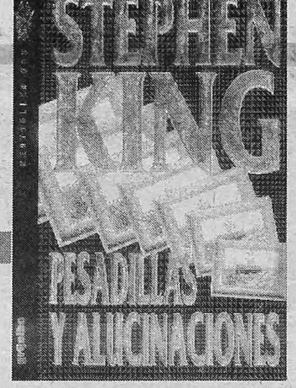
Por desgracia, las dificultades financieras de la editorial, abrumada por colecciones *importantes* pero de venta penosa, pronto exigieron proyectos menos ambiciosos y más rentables. Sin renunciar a las *Sumas,* Borges y Bioy ofrecieron entonces la adaptación de una *Antología de la Literatura Policial y Fantástica* en la que trabajaban desde 1941: sometida a una severa revisión, se publicó con gran éxito a fines de 1943, bajo el título de *Los mejores cuentos policiales.* Inmediatamente reeditada, daría lugar a la todavía más exitosa colección de novelas policiales *El Séptimo Círculo.* Irónicamente, el triunfo de *El Séptimo Círculo,* antes que el fracaso de las colecciones dirigidas por Mallea, habría de confirmar definitivamente la inviabilidad de las *Sumas.*

Ajenos a estos signos alarmantes, Borges y Bioy se ocuparon de las *Sumas* con creciente intensidad hasta 1944; Borges confiaba incluso en que el proyecto pudiera ampliarse. Según creía, la colección consistiría en "volúmenes en papel Biblia (...), encuadernados en cuero flexible, de 500 a 900 páginas cada uno, que se venderían a 15 o a 20 pesos." Este optimismo excesivo fue desmentido por la inexorable postergación de las *Sumas.* Lentamente, el *adverso milagro* acabó por ser aceptado, aunque no sin esperanzadas resistencias: en el *Repertorio Bibliográfico de Emecé* de 1946, se nos dice –se nos recuerda– que "han preparado ediciones críticas de Quevedo, de Gracián, de Sir Thomas Browne y de Johnson"; todavía en 1947, en un reportaje de *Vea y Lea,* Bioy expresa la intención de "dar algunas ediciones críticas de obras famosas", comenzando con "obras de Quevedo y Gracián".

En 1948, sin embargo, el abandono definitivo de las *Sumas* fue confirmado por la inclusión de los restos de la *Suma* de Quevedo, con prólogo de Borges, en la colección de *Clásicos Emecé.* Del proyecto original, más o menos terminadas, quedaban, libradas a su suerte, otras tres *Sumas*: una de Gracián, con prólogo de Bioy (prólogo que se ha conservado en *La otra aventura*), una de Thomas Browne, con prólogo de Borges (que Borgesextraviaría a mediados de los cincuenta) y la del doctor Johnson, prologada y anotada por Bioy entre abril de 1944 y setiembre de 1946.

Conviene observar que, si hay algo de fortuito, y de forzado en la *Suma* de Gracián –hecha por encargo–, no ocurre lo mismo con la de Johnson. Gracián podía ser "un autor absurdo, extraordinariamente insensible", una figura menor, pero el doctor Johnson era el epítome del hombre de letras: Bioy siempre lo había estimado como escritor, como crítico defensor del buen sentido y como lexicógrafo. El prólogo, obviamente, presupone y recupera estas afinidades: además de las esperadas sabidurías de estilo y de construcción, enseña, sobre todo, cómo la escritura de un esbozo biográfico, que en otras manos se hubiera degradado al acopio insignificante de fechas y lugares, puede constituir una espléndida invitación a la amistad con Johnson.

* *Daniel Martino, autor del* ABC de Adolfo Bioy Casares, *reconstruyó el prólogo dando a los diversos fragmentos un orden razonablemente lógico y progresivo*



FICCION

El juego de King

PESADILLAS Y ALUCINACIONES, por Stephen King. Grijalbo, 1994, 766 páginas.

Veinticinco novelas firmadas con el mismo nombre con que rubrica sus multimillonarios contratos, cinco bajo seudónimo, ocho guiones para cine y televisión, cinco volúmenes de ficciones breves y no tanto y un largo ensayo considerado como definitivo dentro del género que practica desde hace dos décadas construyen su castillo. Pero se sabe que toda larga monarquía suele experimentar –con el paso de los años– cierta inevitable decadencia. El terrorífico reinado de la pesadilla norteamericana de Stephen King (Maine; 1947) no es la excepción y así son muchos los súbditos que decidieron exiliarse últimamente en el franeleo vampírico de Anne Rice o en el barroco felliniano de Clive Barker o en el rigor jamesiano del menos prolífico pero más sutil e inteligente Peter Straub. Claro está que todo esto no parece preocuparle a King, quien se mantiene cómodo en las cimas de las listas de best sellers. Así el torrente de ejemplares vendidos no ha mermado su intensidad pero sí su eficacia a la hora de inundar de miego al seguidor de la primera hora.

De ahí que *Pesadillas y alucinaciones* sea una buena noticia más allá de su condición de rejunte de textos publicados en antologías colectivas y revistas diversas. El mismo King se refiere a la perversión que lo aqueja en el interesante prefacio del libro, donde confiesa que "el acto de fe necesario para que nazcan los cuentos cortos ha sido particularmente difícil estos últimos años; últimamente parece como si todo quisiera ser una novela, y que cada novela quisiera extenderse por espacio de cuatro mil páginas".

El síntoma en cuestión es conocido dentro del ambiente editorial norteamericano como *padding* (relleno) y es aquello que –según King– suele condenarse cuando en realidad se trata de "generosidad". Enseguida, King Stephen acusa a la voz de sus críticos de "meros ladridos malhumorados de hombres y de mujeres que han aceptado la anorexia literaria de estos últimos treinta años con una desconcertante (al menos para mí) falta de discusión y disenso".

Más allá de la polémica pública y los terrores privados, el exceso de *Pesadillas y alucinaciones* desborda buenas ideas y acaba por compensar pasadas desilusiones porque cuando no complace del todo, por lo menos, sí, desconcierta. Un espantoso poema sobre el baseball, un ensayo deportivo publicado por la prestigiosa *The New Yorker*, un guión para televisión rechazado por Steven Spielberg, un relato *à la* Bachman y algunos homenajes –a Lovecraft, Conan Doyle, Hammett y Chandler–, que por demasiado sentidos acaban en la casi parodia involuntaria, y una bizarra mutación de parábola hindú configuran el costado *freak* de este libro que en su aparente desorden acaba consiguiendo el mejor retrato de un terrorista atormentado por la velocidad de su propio talento. Del lado del mejor King se ubican sin esfuerzo alguno "El cadillac de Dolan" –perfecta orquestación de una venganza con ecos de Poe–, "El piloto nocturno" –astuta vuelta de tuerca sobre el tema del vampiro–, la "historia no demasiado correcta desde el punto de vista moral" titulada "La dedicatoria" –trama maldita dentro de la obra de King y uno de sus más perturbadores cuentos con escritores–, una reincidencia en la obsesión de los abuelos/as titulada "Popsy" y esa formidable idea del pueblo donde van a vivir los rockers muertos traducido con el castizo "¿Sabes? Tienen un grupo de la leche".

También hay, claro, algo de relleno. En resumen: "Veintipico historias, raras (y algunas, tengo que avisarle, son *muy* raras), como define él mismo, conforman este tercer volumen de cuentos de King. El primero fue *El umbral de la noche* y el segundo, *Skeleton Crew*, fue repartido por Grijalbo en *La niebla* y *La expedición*. Este último mastodonte –menos prolijo pero mucho más "interesante" que sus predecesores– goza de las virtudes de un buen amontillado al haber sido cuidadosamente añejado a lo largo de los años. En un rincón oscuro. Lejos de esos monstruos que –¡el horror! ¡el horror!– sólo quieren extenderse a lo largo de cuatro mil páginas.

RODRIGO FRESAN

Best Sellers///

Ficción		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Nada es eterno*, por Sidney Sheldon (Emecé, 17 pesos). Una joven médica es acusada de matar a un paciente terminal y de quedarse con la herencia. El juicio remonta la historia a un pasado donde abundan las ambiciones, asesinos, amantes y traidores.	7	2
2	*Del amor y otros demonios*, por Gabriel García Márquez (Sudamericana, 15 pesos).	1	19
3	*Soñar en cubano*, por Cristina García (Espasa Calpe, 16,80 pesos).	2	7
4	*Las hijas de Sultana*, por Jean P. Sasson (Atlántida, 19,50 pesos).	3	24
5	*Inventario Dos*, por Mario Benedetti (Seix Barral, 18 pesos).	5	11
6	*La casa de los espíritus*, por Isabel Allende (Sudamericana, 15 pesos).	4	8
7	*La torre oscura 3*, por Stephen King (Ediciones B, 18 pesos). Subtitulado *Las tierras baldías*, este tercer y último volumen de la trilogía continúa la odisea de Roland entre nuevos peligros demoníacos en la mítica ciudad de Lud.	10	3
8	*El puño de Dios*, por Frederick Forsyth (Plaza & Janés, 24 pesos). Una terrible arma se encuentra en poder del gobierno iraquí durante la guerra del Golfo y puede decidir el futuro del ejército aliado. La novela imagina y narra desde la planificación estratégica de Saddam Hussein hasta las misiones de los comandos especiales.	8	7
9	*Alaska*, por James Michener (Emecé, 30 pesos).	–	4
10	*Pesadillas y alucinaciones*, por Stephen King (Grijalbo, 25 pesos).	6	6

Historia, ensayo		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*El vacilar de las cosas*, por Juan José Sebreli (Sudamericana, 17 pesos). El autor de *El asedio a la modernidad* hace, en este libro, una síntesis de las indagaciones, interrogaciones e hipótesis planteadas acerca del hombre de hoy y de la fragilidad del mundo que lo contiene.	1	4
2	*Don Pedro y la educación*, por René G. Favaloro (Centro Editor Fundación Favaloro, 14 pesos).	2	4
3	*Detrás del maquillaje*, por Susana Giménez (Errepar, 12 pesos).	5	2
4	*Breve historia de los argentinos*, por Félix Luna (Planeta, 18 pesos).	3	31
5	*Escenas de la vida posmoderna*, por Beatriz Sarlo (Ariel, 13 pesos).	4	8
6	*La larga agonía de la Argentina peronista*, por Tulio Halperín Donghi (Ariel, 12 pesos).	9	13
7	*Agujeros negros y pequeños universos*, por Stephen Hawking (Planeta, 15 pesos).	6	5
8	*Las guerras del futuro*, por Alvin y Heidi Toffler (Plaza & Janés, 28 pesos).	7	11
9	*La Revolución del '55*, por Isidoro Ruiz Moreno (Emecé, 24 pesos). En este segunda parte, titulada *Cómo cayó Perón*, el autor describe los acontecimientos de la Revolución Libertadora con la ayuda de testimonios orales y escritos de los principales actores de ambos bandos.	–	1
10	*Evita*, por Marysa Navarro (Planeta, 18 pesos).	8	2

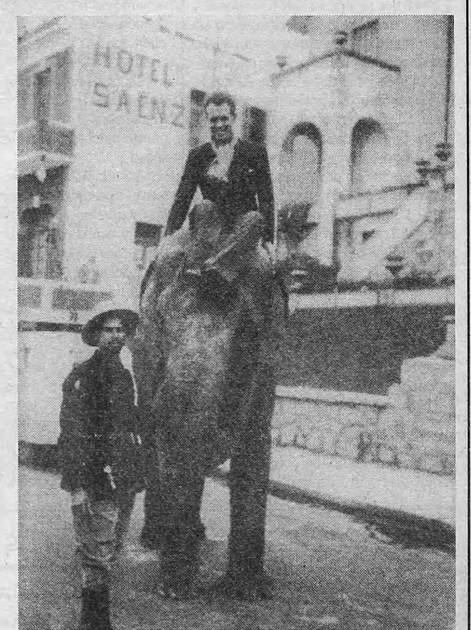
Librerías consultadas: Del Turista, Fausto, Gandhi, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny, El Ateneo (Capital Federal); El Monje (Quilmes); Fray Mocho (Mar del Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica, La Médica, Laborde (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).





Evidencia de su fama de buen mozo: en el Buenos Aires Lawn Tennis, 1931.

Bebé Bioy con su padre en Rincón Viejo, Pardo, 1916.



En Mar del Plata, sobre particular medio de transporte, 1941.



Con Borges, hacia 1940.



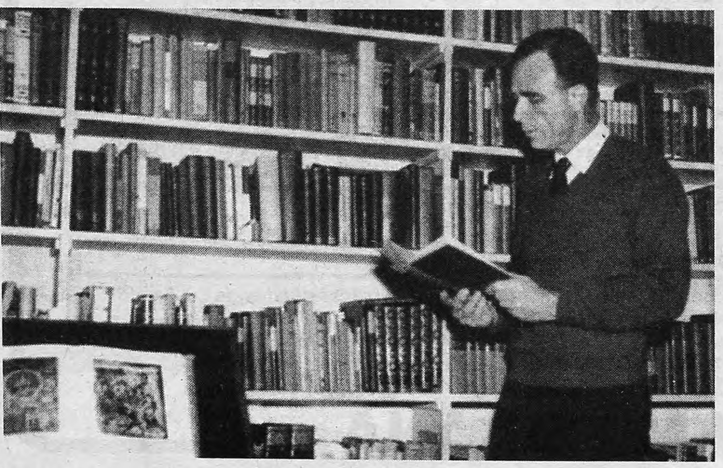
OCHO FOTOS PARA OCHO DECADAS

Del archivo casi infinito de fotos de Adolfo Bioy Casares fueron cedidas a **Primer Plano** estas ocho, para homenajearlo por cada una de sus décadas, nunca publicadas antes.



Con Silvina Ocampo y Borges, fines de los años 60.

Con Enrique Pezzoni, Francis Korn y Silvina Ocampo. En Rincón Viejo, Pardo, a mediados de los años 70.



A la izquierda, frente a su inmensa biblioteca, 1959. En Rincón Viejo, Pardo, mayo de 1971. Al fondo, Silvina.